

al mas sublime grado de perfeccion. Jesucristo la regalaba frecuentemente con admirables raptos en que la daba á probar el inefable tesoro de sus divinas dulzuras, principalmente cuando contemplaba en el sacramento de la Eucaristía, en la pasion de Jesucristo y en las gracias de su santísima Madre, de quien fué muy devota. Además estaba singularmente adornada con todos los dones del Espíritu Santo, particularmente con el don de milagros y de profecía, en que fué portentosa y admirable. Dispuesta esta bendita Esposa de Jesucristo con todos los adornos y atavíos de la gracia, se hallaba pronta para ir á las bodas eternas. En efecto, el jueves 11 de abril de 1624, la acometió un terrible dolor de costado, que á pocos dias le quitó la vida. En el discurso de esta enfermedad recibió algunas veces la sagrada comunión, con cuya medicina se templaban los dolores de su mortal dolencia. Luego que se divulgó en la corte el peligro en que estaba, concurrieron á visitarla los grandes de España, señores y señoras de la primera nobleza, para tener el consuelo de recibir su bendicion y oír sus últimas palabras. Hasta la católica reina doña Isabel de Borbon envió á doña Juana Zapata para que en su nombre la hiciese una visita y la pidiese su bendicion. Finalmente, habiendo recibido los santos sacramentos con gran devocion y ternura, y exhortado á todos los concurrentes al amor de Dios y del prójimo, arrojando al pecho un crucifijo que tenia en la mano, quedó transportada en sus brazos en un deliquio amoroso, que tal fué para ella la muerte. Sucedió esta el miércoles 17 de abril del año referido, siendo la sierva de Dios de edad de cincuenta y nueve años. Su rostro quedó hermosísimo, los ojos entreabiertos, la boca risueña, rosadas las mejillas, y toda ella manifestando la gloria de que ya gozaba. Difundióse un suavísimo olor por todo el convento,

y un triste llanto en el pueblo cristiano, que lloraba á su madre, á su maestra, á su protectora y á todo su consuelo.

El dia siguiente presentaron su sagrado cadáver en un túmulo magnifico, que se construyó en medio de la capilla mayor de la iglesia de Santa Bárbara. El concurso de gentes de toda clase y condicion que acudieron á venerarla, fué incalculable: unos tocaban medallas, otros rosarios y coronas; y Dios premió la fe de todos con algunos prodigios que acreditaron la santidad de su sierva. El mayor de todos fué, que habiendo concurrido el sábado siguiente infinitas personas á ver el cadáver de la santa virgen, y hallado que ya le habian enterrado, súbitamente se apoderó del corazon de todas un dolor de sus pecados que manifestaron ser verdadero, confesando y comulgando en aquella iglesia. El papa Clemente XIII, habiéndose formado antes el proceso, segun costumbre, declaró haber tenido la beata María Ana las virtudes teologales y cardinales en grado heroico. Este decreto se dió el dia 9 de agosto de 1761, y en el dia 18 de enero de 1783 nuestro santísimo padre Pio VI decretó que todos los fieles cristianos pudiesen dar culto público á la venerable sierva de Dios María Ana de Jesus como á bienaventurada (1).

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Aniceto, papa y mártir, que recibió la palma del martirio en la persecucion de Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero.

En Africa, el tránsito de san Mapalico, que obtuvo la corona del martirio en compañía de otros muchos,

(1) En el año de 1813, de órden del rey don Fernando VII, estuvo expuesto su cadáver en la iglesia parroquial de Santiago, habiendo sido inmenso el pueblo que concurrió á verle.

segun refiere san Cipriano en su carta á los mártires y confesores.

Allí mismo, los santos mártires Fortunato y Marciano.

En Antioquia, los santos mártires Pedro diácono, Hermógenes su sirviente.

En Córdoba, los santos mártires Elías presbítero, ablo é Isidoro solitarios.

En Viena, san Pantágato, obispo.

En Tortona, san Inocente, obispo y confesor.

En el Cister, san Estévan abad, el primero que habitó este desierto, en donde tuvo el consuelo de recibir á san Bernardo con sus compañeros.

En el monasterio de Casa Dei en la diócesis de Clermont, san Roberto confesor, fundador y primer abad de este monasterio.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Munera quæ tibi, Domine, in beatæ Mariæ Annæ festiuitate sacramus, et vincula nostræ prauitatis dissoluant, et tuæ nobis misericordiæ dona concilient. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Los dones que te ofrecemos, ó Señor, en la festiuidad de la beata María Ana, nos sirvan para merecer el perdon de nuestros pecados, y alcanzar los efectos de tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino gloriatur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino aquel á quien alaba Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso

me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

sufridme: porque yo os celo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

La virginidad es un consejo, la castidad un precepto. Toda alma cristiana está desposada con Jesucristo; y si no estamos todos obligados á ser vírgenes, todos debemos tener la castidad de las vírgenes. En este sentido dice san Pablo á los Corintios que los habia desposado con Jesucristo, presentándoselos como una vírgen casta: *Virginem castam exhibere Christo*. Entre ellos habia casados, no todos eran vírgenes, pero todos debian ser castos, usando del matrimonio con una recta intencion. La castidad virginal es una virtud heróica, y por eso no es mas que de consejo; pero no se deduzca de aquí que nos sea imposible, ó mucho mas difícil que la castidad conyugal. El Apóstol aconseja á aquellos que no saben extinguir el fuego de la concupiscencia, que se casen; porque mejor es casarse que abrasarse. Pero es muy de notar lo que añade: *tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi*; trabajo les mando en las tribulaciones que les esperan aun por parte de la misma carne. Y es verdad, porque la concupiscencia se exacerba en sus deseos, y si no se la pone tasa, sucede como al hidrópico que cuanta mas agua bebe, mas agua desea. Por eso no es tan fácil como se piensa conservar pura la castidad conyugal, teniendo que luchar no solo con las pasiones propias sino con las ajenas.

La castidad virginal no tiene mas enemigos que la propia concupiscencia. Pero; ah! dirán los mundanos,

esto basta para que sea una virtud imposible y la releguemos al campo de las ficciones y quimeras. ¿Quién es capaz de resistir constantemente á los ataques de las pasiones? ¿Quién puede apagar el fuego de la concupiscencia? ¿Quién no se rinde al peso de una naturaleza corrompida? Poco á poco : la naturaleza no está tan corrompida por el pecado original, que no la viciemos nosotros mas con nuestros malos hábitos. Cortemos de raíz estos, ó por mejor decir, no dejemos que entren en nosotros, y veremos que la naturaleza no es tan viciosa, que la concupiscencia no es un enemigo tan temible. Ejemplo tenemos de esto en tantas vírgenes retiradas del mundo antes de conocer la malicia : á unas, como á la beata Maria Ana, permite el Señor que sufran vehementes tentaciones para mas acrisolar su virtud ; pero á otras las deja en aquella calma y tranquilidad que es fruto de la inocencia, y todas viven contentas y satisfechas. Por una que esté aburrída en el claustro, hay mil que lo están en el siglo y en el estado del matrimonio. Esto no lo quieren entender los hombres sensuales ; pero tampoco el que se toma del vino entiende cómo hay quien no guste de este licor.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc : Simile erit regnum celorum decem virginibus, quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes : sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum : prudentes verò acce-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos esta parábola : Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes ; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite ; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas

perunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Mediâ autem nocte clamor factus est : Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virginés illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt : Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ extinguntur. Responderunt prudentes, dicentes : Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis, ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus : et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virginés, dicentes : Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait : Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas ; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor : Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes : Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo : No sea que no baste para nosotras y para vosotras ; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo : Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice : En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el dia ni la hora.

MEDITACION.

SOBRE LA MODESTIA DE LOS VESTIDOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la modestia en el vestir es una señal de la pureza de costumbres ; así como por el contrario la inmodestia, lujo y vanidad, son un indicio, no solamente de la lijereza de corazon, sino tambien de estar lastimosamente corrompido.

Esta verdad la testifica el Espíritu Santo cuando dice en el Eclesiástico (1): *El adorno del cuerpo, la risa y la manera de presentarse, dan indicio de la bondad ó malicia del hombre.* Así se vió que el rey Ococías conoció al profeta Elías sin mas señas que las de su vestido. Hallábase este rey enfermo, y envió á los sacerdotes de los ídolos para que implorasen su auxilio, ofreciendo víctimas á fin de que le librasen del peligro en que estaba. Estos ciegos hombres dieron por casualidad con el profeta Elías, quien les mandó decir al rey que tuviese por cierto que no se habia de levantar mas de la cama, sino que de aquella enfermedad habia de morir. Luego que Ococías oyó una nueva tan terrible, preguntó ansioso á los mensajeros, qué figura y qué vestido tenia el que les habia mandado dar aquel recado. Respondieronle que era un hombre veloso, ceñido con una correa de cuero. Y oyendo esto el rey, exclamó: *¡Ay de mí, que ese es Elías!* Tan cierto es lo que dice Tertuliano, *que aunque calle la lengua, habla el vestido, y manifiesta á los ojos prudentes las virtudes ó vicios del corazón.* El hombre virtuoso, sabiendo que el vestido no es otra cosa que una medicina contra la herida que recibió nuestra naturaleza, le usa con templanza, guardando estrechamente las leyes de la necesidad. Para esto basta que el vestido defienda el cuerpo de las inclemencias de las estaciones, dejándole ágil y dispuesto para los trabajos en que debe emplearse. Segun esta consideracion debe usarse del vestido como se usa de la medicina; esto es, tomar lo que basta solamente para remediarse contra los daños de la enfermedad.

Siendo esto así, ¡cuánta locura y necedad no manifiestan aquellas personas que hacen vanidad de traer ricos vestidos recamados con oro y plata, que basta-

(1) Cap. 19.

rian para hacer la felicidad de muchos miserables! ¿Quién no se reiria si viese á un enfermo hacer grande ostentacion de las vendas, cataplasmas y emplastos que le habian aplicado para curar sus llagas? ¿y quién no le tendria por de juicio rematado, si le viese salpicar de oro y adornos costosos los mismos parches que le aplicaban á las heridas? Esto mismo ejecutan, si se mira con ojos, no ya cristianos, sino ilustrados con la sana filosofía, aquellos que solicitan que sus vestidos tengan tales hechuras y adornos que arrebaten los ojos de los que los miran. Aun hay mas monstruosidad en esta materia. El hombre, segun salió de las manos de Dios santo y perfecto, no necesitaba de vestido. Pecó, y la misma transgresion le hizo conocer que estaba desnudo. Comenzó á sentir la vergüenza de la desnudez y las inclemencias del tiempo, que no hubiera sentido si no hubiera pecado. Para precaverse de estas miserias, usó al principio de unas hojas de higuera, á que añadió despues unas pieles cosidas con tanta rudeza como merecia su pecado. El vestido, pues, en el hombre es verdaderamente una señal de oprobio y de infelicidad; es un verdadero sambenito que está manifestando su ignominia. Él dice que el hombre fué rebelde á su Dios, que traspasó sus preceptos, que olvidó el reciente beneficio de la creacion, que abrigó en su pecho el loco pensamiento de aspirar á la divinidad, y que en pena de todos estos delitos fué echado del paraíso, condenado á muerte, y á necesitar de vestido. Siendo esto verdad, como lo es, ¡cuánta necedad es la de aquellos que se glorian, y pretenden buscar honra en lo que realmente es una verdadera afrenta!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si la profanidad de los vestidos es execrable para un cristiano, porque manifiesta la

lijereza de corazón, y sus hábitos corrompidos, lo es todavía mucho más por los daños que causa en el mismo que usa los profanos adornos, y en aquellas personas á quienes con ellos escandaliza.

Las familias enteramente arruinadas por este exceso; los peligros á que quedan expuestos unos hijos privados de los bienes de fortuna, que les habian concedido Dios y la naturaleza; las multiplicadas ocasiones de pecar, á que exponen el lujo y el vestido profano, son demasiado notorias, y su gravedad se hace conocer aun del más obstinado en cerrar los ojos á la luz. Pero ¡ó Dios inmortal! ¡cuántos daños, cuántos perjuicios causan las mujeres profanas á los incautos que miran con ojos curiosos su compostura! Solo el ejemplo de la prostitucion de los hijos de Israel, á vista de los adornos de las mujeres moabitas, basta para hacer temer al corazón más insensible. Un pueblo instruido santamente, adicto con tenacidad á los ritos de la ley y á su escrupulosa observancia; un pueblo que miraba entre todos los pecados como el más horroroso la idolatría; este mismo pueblo se olvida de sus leyes, abandona la santidad de sus costumbres, desprecia á su Dios, ofrece incienso á los ídolos: y ¿porqué? porque las doncellas moabitas se presentan á sus ojos adornadas con todo el esmero y artificio de mujeres mundanas. Este ejemplo manifiesta lo execrable de los adornos profanos, cuando ellos solos bastaron para mover á un pueblo entero á que abandonase al verdadero Dios y sacrificase á los demonios.

Regularmente suelen alegar las mujeres profanas, que si buscan adornos artificiosos con que hacer resaltar su hermosura, no lo hacen con mala intención, ni por fin pecaminoso y depravado. Pero ¿qué fines pueden proponerse en esto? ¿Intentarán agradar á Dios y servirle con aquellos profanos adornos? Afir-

mar esto sería una horrenda blasfemia, cuando el mismo Dios tiene dicho por su profeta, que manifestará su ira y su indignacion contra semejantes artificios. ¿Intentarán agradar á los hombres que las miran? Pues en esto va oculta la intención de seducirlos, porque el hombre que se agrada de una mujer compuesta, cerca está de consentir en el pecado. ¿Intentarán últimamente agradarse á sí mismas, adornando su cuerpo con los artificios del lujo y las invenciones de la vanidad? Pero esto sería una criminal complacencia, y un pecado muy semejante al de los ángeles rebeldes. De cualquier manera, y bajo cualquier aspecto que se consideren los profanos adornos, es preciso convenir que son una sentina de delitos, y que ocultan intenciones depravadas y fines perversos.

JACULATORIAS.

Verus ornatus christianorum, mores boni sunt. Aug. Epist. 73.

Los verdaderos adornos de un cristiano no son otros que las buenas costumbres.

Omnis caro fenum, et omnis gloria ejus quasi flos agri. Isai. 40.

Toda carne se marchita como el heno; el brillo de su tez pasa como la flor del campo.

PROPOSITOS.

Todo cristiano debe tener presente, que por el bautismo renunció á las pompas de Satanás, y se obligó á seguir en todo el ejemplo de Jesucristo y de sus santos apóstoles. Este ejemplo nos enseña la modestia en el vestido, imitando á san Pablo que, según escribe á su discípulo Timoteo, estaba contento siempre que tuviese un alimento bastante para mantener

la vida, y un vestido que fuese suficiente para cubrir la desnudez. De aqui se infiere, que tanto los hombres como las mujeres están obligados á observar rigurosamente las máximas cristianas de templanza, pudor y moderacion en esta materia. Pero como en todos tiempos han sido las mujeres mas débiles para dejarse llevar de la loca vanidad, á estas han encargado los profetas, los apóstoles y los padres con mayor cuidado la moderacion en los adornos, y asimismo contra ellas han fulminado las mas terribles amenazas. San Pablo, escribiendo á Timoteo (1), da una regla del adorno que deben tener las mujeres cristianas. Allí dice el santo Apóstol cuál es su modo de pensar y su voluntad en esta materia. Sus palabras son estas: *Quiero que las mujeres oren con un vestido decente, adornándose con vergüenza y modestia; no con los cabellos rizados, ni con oro, ó perlas, ó vestidos preciosos; sino con las buenas obras, como conviene á mujeres que hacen profesion de piedad.* Estas palabras deben ser la pauta y norma que han de tener presente las mujeres cristianas cuando tratan de sus adornos. En ellas deben mirarse como en un verdadero espejo, que les descubrirá los defectos de sus conciencias; y últimamente, de ellas se deben servir como de una instruccion para saber qué adorno deben destinar á sus hijas, para no faltar á las terribles obligaciones que les ha impuesto la divina Providencia. ¡Dios y Señor mio! cuando considero el rigor de la doctrina evangélica, y le cotejo con mis obras, me conozco con un sinnúmero de delitos. Yo comparezco en vuestra presencia oprimida mi alma de todos los escándalos que han causado mis locas profanidades. Yo hice desaparecer en mi obra de vuestra mano que era santa, y en su lugar coloqué los artificios de mi vanidad, haciéndome la piedra de escándalo para todos mis prójimos. Yo he

(1) Epist. 1. cap. 2.

empleado lo mas precioso de mi vida y de mis pensamientos en buscar lazos y artificios con que apartar de vos á las almas, que habeis rescatado con vuestra preciosa sangre. A vuestros piés confieso mis abominaciones, y al mismo tiempo las detesto. De hoy mas mi cuerpo no tendrá otros adornos que los de la honestidad y la modestia; y con vuestra divina gracia mi alma percibirá los frutos de la templanza.

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN APOLONIO, SENADOR DE ROMA, Y MÁRTIR.

La mudanza que sucedió en el imperio el año de 180 con la muerte del emperador Marco Aurelio, causó otra igualmente grande en el estado de la cristiandad. Habian padecido los cristianos en tiempo de este principe una persecucion casi continua, aun despues del decreto que expidió en su favor el año 174 despues de la batalla que ganó á los Alemanes, confesando haberla debido á las oraciones de los cristianos, y mandando bajo pena de la vida, que ninguno los acusase por causa de religion. Con todo eso fueron cruelmente perseguidos en tiempo de su reinado, sea por la malignidad de los filósofos gentiles que se consumian de rabia viéndose confundidos por la pureza de costumbres de los cristianos y por sus sábias apoloías; sea por la ciega adhesion que el mismo principe profesaba á las supersticiones del gentilismo; sea en fin porque movido de una desacertada política, quiso dejar en su vigor todas las leyes que sus predecesores habian publicado contra los cristianos.

El emperador Cómodo su hijo, que le sucedió en el imperio, no imitó ni las virtudes morales que se